

pués de haber declarado que era católica : hicelo así, y á la verdad no encontré la respuesta de mis padres tan severa como habia temido. Salimos para Jersey, en donde permanecimos cinco semanas que fueron para mí un tiempo de pruebas y de dolores, tanto mas penosos, en cuanto no estaba preparada para ellos. Pero Dios me hizo la gracia de conservarme en mi fe, á pesar de cuantos esfuerzos creyó deber hacer mi familia para volverme al error. La ternura que siento para con mis buenos padres, que en medio de los errores en que han sido criados conservan todas las virtudes morales, me hubieran hecho desear pasar en su compañía todo el tiempo posible; pero me convencí desde entonces, de que mi presencia no hacia mas que darles disgusto. No teniendo ya patria, adopté la de mi tia que ya lo habia sido de mis padres. No ceso de pedir á Dios con las mas fervientes súplicas por unas personas que me son tan apreciables, y espero haberlas convencido de que no por haberme hecho católica, hayan variado en lo mas mínimo mis sentimientos para con ellos.

CAPÍTULO V.

QUINTA PRUEBA

de la divinidad de la Iglesia romana.

SU VISIBILIDAD, SU PERPETUIDAD Y SU INFALIBILIDAD.

Continuemos, hijo mio, en probarte que la Iglesia romana es la verdadera Iglesia que ha fundado Jesucristo para la salvacion de los hombres.

Es evidente que es *una, santa, católica y apostólica*. Pero ¿disfruta de los privilegios concedidos á la verdadera Iglesia, es decir, es *visible, perpetua é infalible*? Hé aquí lo que vamos á examinar.

§ I. *Visibilidad de la Iglesia romana.*

En todos tiempos ha sido visible la Iglesia romana. Desafiamos á los protestantes á que nos señalen un tiempo en que no haya existido en la tierra una sociedad numerosa que haya seguido las doctrinas de

la Santa Sede. Ella ha sido siempre célebre y famosa en el mundo por los varios concilios que ha tenido en todos los siglos y en las diversas naciones que componen sus dominios. Así es que ha llamado la atención de todos: ella es visible en sus pastores, en el ministerio de la palabra, en la administracion de los Sacramentos, en esta multitud de fieles que profesan la misma fe, reciben los mismos Sacramentos y están sujetos á la misma autoridad.

Supon, hijo mio, que viene un extranjero de un país desconocido en busca de la Iglesia visible de Jesucristo: ¿dónde la encontrará? Por un lado ve estas sectas esparcidas y confundidas en medio de la muchedumbre, arrinconadas en un ángulo de la tierra, y desconocidas en muchos países; y por otro lado ve la Iglesia romana, dominando á todas las demás sectas, ya por su superioridad numérica, ya por la marcha triunfal con que va recorriendo todo el universo; ya, en fin, por la brillantez con que se muestra en su jefe y en sus miembros. En vista de esto, ¿dudará un momento en decidirse? ¿Qué le parecerán to-

das las sectas comparadas con la Iglesia católica? No pertenece, pues, la visibilidad á los herejes, á los protestantes, sino á la Iglesia romana que brilla en medio de todas las sectas con el resplandor de su divina luz, como el sol ofusca todos los astros.

§ II. *Perpetuidad de la Iglesia romana.*

Tenemos ya probado que la Iglesia romana ha existido siempre, y podemos añadir con confianza que durará hasta el fin de los siglos. Lo pasado es la mas segura fianza del porvenir. Las palabras de Jesucristo no pueden ser mas formales; *las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra la Iglesia*; y toda vez que la Iglesia romana es la verdadera Iglesia de Jesucristo, subsistirá hasta el fin de los siglos. Podrá la Iglesia ser aun mas perseguida, y es preciso que lo sea; pero saldrá siempre victoriosa y triunfante de los combates que le darán sus enemigos. La nave de san Pedro podrá sí, ser agitada por los temporales; pero jamás se irá á pique. Puede muy bien parecer que Jesucristo duerme, y que la ha

abandonado; mas de repente hace oír su voz á las olas tempestuosas, y en el instante mismo renace la calma.

Recuerda un solo instante, querido hijo, lo que hemos dicho antes acerca de la legítima sucesion de los Pontífices romanos. El imperio romano ha sufrido las mas extrañas revoluciones, pasando sucesivamente de los latinos á los griegos, de los griegos á los germanos, y de estos á los bárbaros. El gobierno civil ha cambiado mil veces de forma, estando ya en manos de los emperadores, ya de los reyes, ya de los césares. La misma Roma ha sido tomada, robada, saqueada, incendiada, reducida á cenizas, sepultada bajo sus ruinas. Pues bien, á pesar de la violencia de estos temporales, y del furor de tan repetidos huracanes, la Iglesia romana se ha conservado siempre firme y constante en su sucesion, sin variedad en sus decisiones, sin alteracion en sus dogmas, y todo esto sin mas ayuda que la verdad que preside á sus fallos, y sin otro apoyo que el oráculo de Jesucristo, que garantiza la duracion de su Iglesia hasta el fin de los siglos.

Las herejías al contrario, nacen solo para morir al momento. Semejantes á torren-tes devastadores, pasan por el campo del Padre de la Iglesia con mucho ruido; y hacen horrorosos destrozos, es verdad, pero no hacen mas que pasar. Las herejías, cual otras tantas olas, redoblan, se empujan, se suceden, y se estrellan todas contra la roca inmutable, sobre la cual está edificada la Iglesia de Roma. San Agustin contaba ya en su tiempo cien herejías, y nosotros contamos un número mucho mas crecido, de las cuales no queda mas vestigio que las decisiones que las han condenado, y los anatemas con que se las ha fulminado.

Pasarán tambien los protestantes como los demás herejes, si es que no han pasado ya; porque en el dia de hoy el protestantismo no es mas que un cadáver que yace sin vida, porque no tiene ya creencia alguna, y solo queda de él el nombre. Si volvian al mundo Calvino y Lutero no reconocerian á sus discípulos; todo ha cambiado entre los reformadores, de modo que ni saben ya lo que creen ni lo que deben

creer. Verdad es que se agitan todavía, pero menos es con el fin de esparcir sus doctrinas, que con el fin de perseguir la Iglesia católica.

Estos son los últimos esfuerzos de un moribundo, y nos atrevemos á decirlo, el protestantismo, es decir, la religion de Lutero y de Calvino, y no la de Jesucristo, es la que ha *envejecido*: puede decirse que está espirando, y bien pronto habrá desaparecido del todo esta secta revoltosa, para dar lugar á la incredulidad mas completa, último monstruo que debe preparar el nacimiento del Anticristo; y último triunfo de la Iglesia católica; consuélate pues, hijo mio, y consérvate fuertemente unido á la Cátedra de san Pedro, que no puede perecer.

§ III. *Infalibilidad de la Iglesia romana.*

La Iglesia romana es infalible, porque, siendo la Iglesia de Jesucristo, habla siempre por su boca el Espíritu Santo en todas cuantas decisiones dicen relacion con la fe; se concede esta infalibilidad á la Iglesia reunida en concilio general, y aun cuando

está separada. El Sumo Pontífice unido á la mayoría de los Obispos, es el depositario de este insigne privilegio. Así es que los fieles católicos no están expuestos á la penosa, difícil y peligrosa necesidad de discutir todos los dogmas particulares del cristianismo, antes de creerlos, sino que encuentran ya en la enseñanza uniforme y unánime de los pastores un *principio* que les fija en la fe y les priva de estar dudosos, sin saber qué doctrina seguir. Por consiguiente léjos de pretender la Iglesia católica que la sana doctrina se haya nunca perdido en el mundo, sostiene por el contrario, que es imposible que esto haya sucedido; y añade aun que no podrá suceder jamás, porque Jesucristo ha prometido que las puertas del infierno no prevalecerán contra su Iglesia. Es evidente además por un lado que el Hombre-Dios ha establecido en su Iglesia una autoridad infalible para enseñar su doctrina, y hacer conocer la diferencia que media entre ella y las opiniones humanas; y por otro, que todas las sectas sientan como principio la exclusion de la autoridad; de ahí se ve cla-

ramente que es la Iglesia romana la que es infalible y la que nos ha transmitido los dogmas del cristianismo en toda su pureza....

¿Quieres, hijo mio, otra nueva prueba de esta infalibilidad de la Iglesia romana? pues escúchala. Es infalible la Iglesia romana, si no ha jamás corrompido la fe de los primeros siglos, introduciendo ó admitiendo alguna innovacion. Pues bien, yo pretendo que la Iglesia no ha alterado nunca los dogmas de la fe. Porque, á haberlo hecho, indudablemente hubiera quedado de ello alguna señal, y se encontraría algun indicio en los anales de la Religion. En efecto, es de todo punto imposible que haya tenido lugar alguna innovacion sin ser observada, y que todas las Iglesias, todos los Doctores y todos los fieles hayan convenido de comun acuerdo en adoptar el error sin previa discusion ni exámen, y que en fin, el mundo entero se haya encontrado de repente hereje, sin que se conserve ni el mas pequeño recuerdo de este maravilloso cambio.

§ IV. *Objecion.*

Mas ¿dirá tal vez alguno que este cambio se ha obrado sucesiva é insensiblemente? No por esto salimos de las mismas dificultades, porque entonces es preciso suponer que hubo un tiempo en que una parte de la Iglesia católica seguía el error, mientras la otra conservaba todavía las antiguas doctrinas. Ahora bien, ¿cómo se explica que ninguna de las Iglesias fieles haya sabido nada de la innovacion, ni haya levantado su voz para oponerse á los progresos del error; que ningun eclesiástico, ningun obispo haya tomado la defensa de la verdadera fe, ni haya siquiera probado de volver á la senda de la verdad á esa multitud de cristianos, que se extraviaban cada dia gracias al silencio? ¿Cómo es de suponer que á pesar de esta disidencia, haya reinado constantemente la union en la Iglesia entre los herejes, y los verdaderos católicos, hasta el momento en que se haya consumado por la adopcion general de los mismos errores?...

¿Qué pensaríamos, querido amigo, de un extravagante sofista que nos dijese se-

riamente, que hubo un tiempo en que sabian todos que Roma esclavizada por sus enemigos habia estado bajo una dominacion extranjera hasta el nacimiento de Jesucristo, y que después se habia ido introduciendo insensiblemente la opinion de que habia sido dueña y señora del mundo? En cuanto á mí no encuentro que sea mucho mas razonable que esto, el pretender que antes todo el mundo era calvinista, ó luterano, ó metodista, y que luego por una transicion imperceptible se haya vuelto católico; que se ha convenido por toda la tierra en creer las decisiones de la Iglesia, que antes se menospreciaban; en considerar como sucesor de Jesucristo el mismo Papa que antes se detestaba como Anticristo; en respetar las reliquias é imágenes, que antes se pisoteaban; en adorar la Divinidad en la sagrada Eucaristia, cuando antes no se veia mas que un pedazo de pan; en confesar á los sacerdotes pecados los mas vergonzosos y humillantes, que antes solo se confesaban á Dios; y en fin, se haya convenido en reconocer todos los dogmas sustituidos á las antiguas creencias; y que to-

do esto se haya hecho, repetimos, sin haberse observado, y sin que haya habido ninguna oposicion, ni haya dejado el menor vestigio.

Las doctrinas anunciadas así y predicadas públicamente son tambien hechos; y cuando están esparramadas por todo el universo puede decirse que son hechos tan patentes como la destruccion de los imperios. Si es, pues, imposible que una tradicion pública se altere cuando concierne á los intereses generales de un pueblo entero, ¿cómo podrá ser que se alteren las creencias concernientes á los intereses de todo el género humano, y estando á cada paso á la vista de los fieles, y contando, como cuentan, en todas las partes del mundo millares de defensores?...

§ V. *Falta de infalibilidad entre los protestantes.*

Es preciso, pues, conceder, hijo mio, que la Iglesia romana no ha jamás alterado la fe de Jesucristo, y que por consiguiente es infalible; lo contrario sucede con los herejes en general, y en particular con

los protestantes, los cuales no pueden tener la infalibilidad, porque, admitiendo la *inspiracion* particular, entregan la Religion á todos los caprichos, las obstinaciones y extravagancias del entendimiento humano. Efectivamente, hijo mio, poniéndome entre ellos pido que se me aclare una duda que tengo. En este caso ¿quién me la aclarará, quién me la decidirá de un modo infalible? Digo *infalible*, porque no quiero exponer mi salvacion fiado solo en una posibilidad; ¿quién me decidirá, pues? ¿serán los sínodos? No, porque segun dicen los mismos herejes, no son infalibles. ¿Serán los ministros? todavía lo son mucho menos, y entonces seriamos dos ciegos en lugar de uno que iriamos á precipitarnos en un abismo.

¿Á quién recurrir, pues? Lee la Escritura, me dirán, lee la Escritura que es la voz del cielo y la palabra del mismo Dios. Mas ¿por ventura no han nacido todas las herejias y todas las sectas de la Escritura mal interpretada? ¿Qué no hay todavía bastantes sectas que es menester que yo forme otra nueva?

Lee la Escritura. Ya la leo y me paro á cada paso; mas ¿quién me ha dicho que es aquel el verdadero sentido, y que no tomo la sombra por el cuerpo, las tinieblas por la luz? ¿He de estar siempre reducido á decidirme ó á extraviarme yo mismo?

Lee la Escritura. Vamos á ver: léela tú mismo; tú luterano por un lado, y tú calvinista por otro. Ahí teneis la Escritura: ¿qué dice sobre la Eucaristia? Lee: *esto es mi cuerpo*; y tú: *esto es mi cuerpo*: muy bien así dice la letra; mas ¿cuál es su espíritu? ¿cuál el sentido en que debe tomarse?

Es la presencia real, dice el luterano. No, dice el calvinista; no es mas que la figura y la imágen: y ¿qué! ¿al primer paso ya os dividis? Id acordes de una vez.

Lee, lee: leo en efecto y dice el luterano: yo cuento tener razon; pues, yo tambien responde el calvinista. Yo he orado y examinado, y me parece así, dice el primero; pues, yo he orado y examinado y me parece de un modo diferente, dice el otro. ¿Es decir, pues, que tomais por juez á la Escritura y ella misma es la que os pone en desacuerdo? Ella que debe ser el lazo de

union, ¿es el muro de division que os separa? Hablemos de buena fe; ¿hubiera Dios providenciado por el depósito de la fe, si no hubiese constituido un juez infalible que pudiese decidir sin apelacion é infaliblemente?

Y dejando esto á un lado me decís que lea la *Escritura*, ¿acaso todos están en estado de poderla leer, y de comprenderla? ¿Será preciso que un pobre trabajador, que una mujer del pueblo lea la *Escritura* para decidirse? ¿No es esto pedir un imposible?

§ VI. *Comparacion de Fenelon.*

Para hacerte conocer mejor esta verdad, querido Teófilo, voy á ponerte la comparacion que hace Fenelon. «Figurémonos «un pobre enfermo, un paralítico tendido «en el lecho del dolor y tullido de todo su «cuerpo; de repente se pega fuego á su «casa, las llamas van avanzando y le van «á rodear: en medio de su justo temor, dirige sus ruegos á cuatro diferentes personas para que le saquen de allí, y estas le responden: *levántate, vete, corre, escápate del incendio.* — ¡Ay de mí! no puedo, y si na-

«die me socorre estoy perdido. En este momento entra una quinta persona y le dice: «pobre enfermo, ven échate en mis brazos, yo te salvaré, yo te llevaré de ahí, confía en mí. «¡Ah! ¿con qué alegría, con qué confianza no se echa en los brazos de su salvador?»

Tal es nuestra imágen. En el fuego de las divisiones que pueden agitar la Iglesia, me dirijo á las diversas sectas, y todas me responden: *Lee, examina, discute, decide. No puedo, les respondo, y si no me socorre alguno, me voy á extraviar.* Entonces se me presenta la Iglesia católica y me dice: *Ven, échate en mis brazos, que yo cuidaré de tu suerte; yo examinaré, yo decidiré por ti; por esto Dios me ha diputado á mí; confía en mí y déjate guiar.*

¡Oh Iglesia sacrosanta! En estos rasgos reconozco una tierna madre, y con toda confianza me echo en tus brazos. ¡Cuán dichoso soy de pertenecerte! ¡Cuántas obligaciones no te debo, Iglesia santa! ¡Ah! quede mi lengua seca y pegada para siempre á mi paladar, si yo llego á olvidarte jamás: *Adhæreat lingua mea faucibus meis: Sea*

mi mano derecha cubierta con un eterno olvido, si no me acuerdo eternamente de tus beneficios: *Oblivioni detur dextera mea si non meminero tui, Jerusalem (Salmo CXXXVI).*

EJEMPLO.

CONVERSION DE LA SEÑORITA LUISA M...., HERMANA DE LA SEÑORITA ENRIQUETA M....

Nacida en el año 1796 en la isla Jersey, he sido criada con la mayor ternura por los mejores y virtuosos padres, los cuales nada han descuidado para inspirarme sus mismos sentimientos. Mi padre, como la mayor parte de los habitantes de mi país, tiene naturalmente muchas preocupaciones contra los católicos, siendo hijo de padres franceses refugiados por motivos de religion. Mi familia seguía la religion anglicana; pero como la mayor parte de los protestantes, yo no tenia idea alguna fija acerca los dogmas de la fe, no habiendo recibido la menor instruccion de ningún ministro. Apenas cumplí los quince años, me presenté al templo segun era de costumbre para ser examinada. El dean me hizo una pregunta del catecismo, y luego me dijo que consideraba inútil examinarme mas, pues como conocia á mis padres, no dudaba de que me habrian educado segun los mejores principios, y añadió finalmente que podia presentarme siempre que quisiese á recibir la sagrada comunión.....

La conversion de mi hermana y las discusiones

religiosas que se suscitaron durante su corta permanencia en casa de mis padres, aumentaron mas y mas mis prevenciones contra la Religion católica. Fué mi hermana á Francia, y yo seguí correspondencia con ella por espacio de dos años. En 1815 volvi6 á Inglaterra, á donde fui á encontrarla. Estuve casi seis meses en su compañía: la firmeza de sus principios, su ejemplo, su piedad, no alteraron *mi fe* en lo mas mínimo, ó por mejor decir, no me sacaron de mi indiferentismo. Dios no se dignó todavía tocarme el corazon; pero sin embargo su gracia obró sin duda desde entonces un cambio en mí; porque cuando la dejé para volverme á casa de mi padre, aunque adicta como siempre á las opiniones en las cuales habia sido criada, no tenia ya ninguna preocupacion contra la Religion católica; y hasta me hubiera causado escrúpulo el tomar parte en alguna chanza que se hubiese dicho acerca de ella delante de mí.

No es que mis padres estuviesen enfadados con mi hermana, pero sus preocupaciones eran siempre las mismas, y sobre todo durante los primeros años que yo estuve de vuelta en mi casa paterna, oí todo cuanto dicen los mas celosos protestantes contra los católicos. Habiendo mi familia sufrido algunas desgracias, busqué largo tiempo mi consuelo en la religion; procuré cumplir con toda regularidad sus deberes, y sobre todo iluminarme acerca los dogmas de la fe: muchas veces he deseado conferenciar sobre este punto con algun ministro, y probablemente me acusarán mis amigos de no haberlo hecho; pero lo confieso francamente, la timidez y el respeto humano, ocasionado sin duda por la poca relacion que

Entre las personas que frecuentaban mas la casa de mi hermana, noté al Sr. Conde de..... y algunos eclesiásticos amigos suyos, tan apreciables por su profunda instruccion, como por su gran piedad y sus virtudes. Es cierto que solo Dios convierte los corazones; mas no puedo dejar de manifestar el mas vivo reconocimiento á estas personas piadosas que escogió sin duda para iluminarme.

Iba yo escuchando con sumo interés las conversaciones que tenian aquellos señores con mi hermana y la señorita M... y poco tardé en conocer que, cuanto habia oído decir, particularmente contra los eclesiásticos, era falso; desde aquel momento empecé á dudar.

Por de pronto creí encontrar fuerza suficiente para contrarestar mis dudas en la estimacion que tenia á mis padres: sabia la triste impresion que les habia causado la conversion de mi hermana, y no podia disimularme que la mia les causaria un golpe mucho mas sensible. Como no habia hecho nunca la mas pequeña observacion, nadie podia imaginarse lo que sentia en mí misma: así fue que tanto mi hermana como la señorita M..... quedaron sumamente sorprendidas al ver que impelida por un sentimiento involuntario que yo misma no podia explicarme, procuraba introducir la conversacion sobre los puntos que mas me habian impresionado.

Convencida ya casi enteramente, empleé las únicas armas que me quedaban para mi defensa, diciéndoles que el primer deber de un hijo es procurar la felicidad de sus padres. Fiel á su promesa, guardaba mi hermana un triste silencio. Mas la señorita M..... me respondió con calma, que seguramente

debíamos sacrificarlo todo por nuestros padres menos nuestra alma; que nadie habia querido disputar contra mis opiniones; que yo era enteramente libre; y que si creia seguir la senda de la verdad, era muy natural que quisiese continuar en ella; pero que si se me ofrecia alguna duda, debía aclararla. Aconsejóme sobre todo que me enterase bien de mi religion antes de estudiar otra. Superfluo por demás era este consejo, pues hacia algunos dias que estudiaba en secreto las dos religiones; y las comparaciones que habia hecho solo habian servido para aumentar mis dudas.

Después de esta conversacion no hablé mas sobre este punto, á pesar de que ocupaba todos mis pensamientos. Estaba enfadada conmigo misma, por haberme expuesto á perder mi tranquilidad, y sobre todo estaba enfadada con el Sr. Conde de..... por haber sido él el primero que dispó mis ilusiones. El descubrimiento dió lugar á la tristeza; y no quiero descubrir el cruel combate que tuve que sostener por tres dias y tres noches consecutivas. Se me presentaba siempre á la imaginacion el disgusto de mi familia, y este era el único lazo que me ataba todavía al error. Así es que el demonio empleó para estrecharlo mas y mas todas las sutilezas de que suele valerse para engañarnos y atarnos con sus grillos. Pero por fin triunfó la verdad de este enemigo de nuestra salvacion; y Dios, que nunca nos hace sufrir pruebas superiores á nuestras fuerzas, al concederme la gracia de entrar en la verdadera fe, se dignó hacer nacer en mi corazon el sentimiento que después de la dicha de conocerle y amarle podia contribuir mas á cambiar la agitacion, que hasta enton-

ces habia sentido en celo y ardor por su santo servicio: quiero decir, la esperanza que con mis súplicas unidas á las de mi hermana, podria tal vez obtener algun dia la conversion de los seres que amo con tanta ternura.....

Fui á encontrar á mi hermana y á la señorita M... y les declaré abiertamente que queria ser católica. A pesar de la alegría que les causó esta noticia, no por eso dejaron de hacerme las mas justas observaciones acerca de la importancia de la resolucion que tomaba. Respondíles que mi corazon estaba ya conmovido, y convencido mi entendimiento; pero que no se me ocultaba la necesidad de conocer á fondo la religion que queria profesar. Tuvimos sobre el particular una conferencia con el Sr. Conde de.... por el cual no sentia ya sino un agradecimiento que conservaré toda mi vida. Deseaba que me instruyese uno de los eclesiásticos de quienes he hablado: y el Sr. Conde se encargó de participarles mi resolucion. Siempre animados de un ferviente celo por la gloria de Dios y de caridad hácia el prójimo, uno de ellos tuvo la bondad de dedicar unos momentos que le eran preciosos, á enseñarme el verdadero camino de la salvacion.

¡ Dichosos los que buscan la verdad y encuentran tales guias, cuales los encontré yo, para enseñarse-la! La confianza que me inspiró mi director, y la claridad de sus instrucciones, avivaron pronto en mí los deseos que ya tenia de unirme para siempre á este Dios, que habia por tanto tiempo despreciado.

Gracias á sus cuidados, por los cuales suplico á Dios que le dé el premio, estuve en estado de abjurar mis errores el 29 de junio, logrando así al

mismo tiempo la dicha de poder ganar el jubileo. No ceso nunca de dar mil y mil gracias á la divina Providencia de que me haya llevado al puerto de la salvacion. ¡Ojalá se digne conceder la misma gracia á todos los que están en error y particularmente á estos amigos que tanto aprecio! *Tal es el sincero voto de aquella cuyo único deseo es de vivir y morir en el gremio de la santa Iglesia católica, apostólica y romana.*

(Coleccion de conversiones , etc.)

CAPÍTULO VI.

SEXTA PRUEBA

de la divinidad de la Iglesia romana.

SUS COMBATES Y SUS VICTORIAS.

En todos tiempos ha salido la Iglesia romana victoriosa de sus enemigos, y disfrutará hasta el fin de los siglos de esta divina prerogativa. Ella ha triunfado de los judíos y de los paganos; de los cismas y de las herejías: siempre ha triunfado y triunfa todavía de los hijos rebeldes que lleva en su seno. Pues bien, ¿qué prueban, querido Teófilo, estos incesantes y perpetuos